

SIGNO, SIGNIFICADO E INTERSUBJETIVIDAD: UNA MIRADA CULTURAL

SIGN, MEANING AND INTERSUBJECTIVITY: A CULTURAL LOOK

MARÍA GUTIÉRREZ*

mariagf@ula.ve

MANUELA BALL**

manuballv@yahoo.com

EMILIA MÁRQUEZ***

emipau1512@hotmail.com

Universidad de Los Andes.

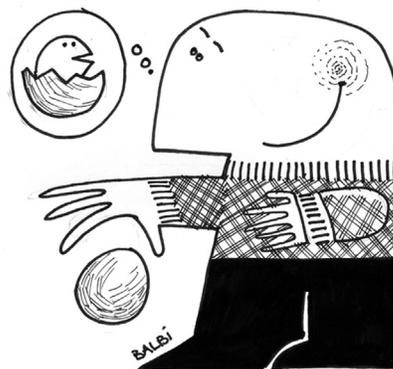
Escuela de Educación

Mérida, Edo. Mérida.

Venezuela.

Fecha de recepción: 20 de junio de 2007

Fecha de aceptación: 25 de enero de 2008



Resumen

En este trabajo abordamos la noción de Vygotsky acerca del signo partiendo de sus primeras ideas las cuales están basadas fundamentalmente en Pavlov, hasta la asunción del mismo en su dimensión socio-comunicativa. Luego vemos otras elaboraciones que han surgido a lo largo de la historia, particularmente la noción de Peirce. Destacamos la forma en que esos signos sociales son interiorizados por la especie humana a partir de procesos psicológicos intersubjetivos en los que se pone de relieve la predisposición de los individuos para la comunicación. A lo largo del artículo el lector podrá encontrar nuestra mirada sobre el tema basada, en ocasiones, en las interpretaciones que autores como Llamas (1996), Sisto (1998), Arbeláez (2002) y Perinat (2002, 2006), entre otros, han hecho acerca de estas teorías. En otros pasajes, recurrimos a los precursores de esta área de investigación para profundizar en la comprensión del signo lingüístico como construcción sociocultural.

Palabras clave: signo lingüístico, intersubjetividad, cultura, mediación social, lenguaje.

Abstract

In this paper we look at Vygotsky's notion about sign starting from his first ideas which are based fundamentally in Pavlov, to the assumption of himself in his socio-communicative dimension. Then we look at other elaborations that have risen throughout history, particularly Pierce's notion. We stand out the way these social signs are interiorized by the human species from intersubjective psychological processes in which people's predisposition to communicate is measured. Throughout the article, the reader will be able to find our take on the subject, which is based, occasionally, on the interpretations some authors such as Llamas (1996), Sisto (1998), Arbeláez (2002) and Perinat (2002, 2006), among others, have had on these theories. On other topics, we go to the precursors of this research field to deepen in comprehending the linguistic sign as socio-cultural construction.

Key words: linguistic sign, intersubjectivity, culture, social mediation, language.



1. El signo según Vygotsky



En sus planteamientos, Vygotsky aborda el signo desde dos dimensiones, como estímulo intermedio y como mediador social. En el primer caso, el signo es un evento o suceso que se intercala entre el estímulo y la respuesta correspondiente. Vygotsky sustenta esta afirmación en el clásico esquema E-R propuesto por Pavlov, a quien refiere permanentemente en sus trabajos. El ejemplo más ilustrativo de este esquema es el caso de la campanita con el perro o de cualquier otro evento que genere una respuesta de escape. La señal advierte, tanto a animales como a humanos, sobre la presencia de un peligro inminente ante el cual reaccionan apropiadamente.

Sin embargo, en el caso del ser humano, Vygotsky le atribuye a éste una condición activa a la hora de interpretar las señales, hecho que lo distingue de las demás especies animales quienes las obedecen bajo una condición que él denomina pasiva. Las señales, para la mente humana, se convierten en signos desde el momento en que no se remiten a ser meras señales naturales “aprehendidas por la experiencia sino por señales no naturales, inventadas intencionadamente”. No se trata ahora de señales sino de signos, a los que Vygotsky define como “estímulos-medio artificiales introducidos por el hombre” (Perinat, 2006, p. 24). Bajo esta perspectiva, los signos son herramientas creadas por las personas para regular su propio comportamiento y el de las demás.

En este sentido, el signo exige de parte del receptor una elaboración cognitiva de dimensiones complejas, es decir, para que un signo pueda ser reconocido y aceptado

como tal supone la interpretación o atribución de significado por parte de un receptor. En otras palabras, la creación de un signo presume la presencia de otro capaz de comprenderlo.

Desde la dimensión del signo como mediador social, Vygotski expresa que en la creación del mismo, éste es empleado como una herramienta cuyo propósito es esencialmente el de establecer la comunicación a través de las relaciones sociales. En este sentido, el signo se convierte en un instrumento para mediar en el comportamiento, las creencias y las percepciones del otro, en un primer momento. Más adelante, Vygotsky afirma que más allá de influenciar la conducta de los demás, el signo adquiere la peculiaridad de ser un instrumento que transforma al sujeto mismo. Aquí nos habla de la interiorización del signo lingüístico, esto es, el proceso a través del cual algunos aspectos de la cultura compartidos en el plano externo (intermentalidad) que son mediatizados semióticamente, son incorporados en el plano interno (intramentalidad). Sobre este punto volveremos en un apartado posterior.

El lenguaje, en la construcción de significado, cobra gran importancia desde la óptica de Vygotsky, ya que éste representa un signo por excelencia, aquel que abre la brecha hacia la construcción de los procesos más íntimos de la persona individual y social: la conciencia. De modo que los procesos de construcción de esta conciencia, materializada en las representaciones mentales del sujeto –y gracias al lenguaje y a las prácticas sociales en que éste se desarrolla– da cuenta de las explicaciones del mundo, de las predicciones y comprensiones que establece la persona en contextos específicos dentro de prácticas socialmente validadas.

Una araña ejecuta operaciones semejantes a las del tejedor y una abeja avergüenza, por la construcción de sus celdillas de cera, a más de un arquitecto humano. Pero lo que ya por anticipado distingue al peor arquitecto de la abeja mejor es que el arquitecto construye la celdilla en su cabeza antes de construirla con cera. Al final del proceso de trabajo, sale un resultado que ya estaba presente al principio del mismo en la representación del trabajador, o sea, idealmente.

VYGOTSKY, Lev.

El desarrollo de los procesos psicológicos superiores.

En este sentido, Arbeláez (2002) expresa que “... comprender las representaciones de un sujeto implica adentrarse en su epistemología personal, en sus creencias, en sus teorías implícitas y en las representaciones sociales del contexto en el cual las ha construido y se ha construido” (p. 3). De este enunciado podemos inferir cómo el empleo del lenguaje dentro de contextos culturales específicos sirve de sustrato para la interiorización del signo. En este plano de interiorización el hombre conquista las complejidades de lo que Vygotsky ha denominado el desarrollo de las funciones psicológicas superiores, lo cual es posible gracias a esa relación que se establece entre el



signo-lenguaje como intermediario para la construcción de las representaciones sociales.

En el siguiente apartado abordaremos cómo la comprensión y recepción del signo contribuye a la construcción de las representaciones sociales desde la perspectiva de la semiosis del signo construida por el lingüista Peirce.

2. Consideraciones sobre el signo desde la perspectiva de Peirce

En nuestra experiencia académica/pedagógica resulta aún familiar escuchar que el significado es algo que se debe descubrir, algo que es consustancial a los objetos, por lo tanto, la tarea del receptor se limitaría a desentrañar ese significado. Sin lugar a dudas consideramos que esta concepción resulta inadecuada, pues cosifica el significado asignándole un carácter natural. Las contribuciones de la teoría de Saussure (1983) influyeron de manera significativa para aclarar esta idea, sin embargo, su concepción del signo lingüístico se estableció sobre una semiología dicotómica –significante/significado–, en la que el intérprete es virtual o, en todo caso, no está presente. Respecto a esta concepción, Peirce (1987,1988) trasciende la postura de Saussure, por lo que propone una visión triádica que supone la presencia del intérprete, afirmando que sin significado no hay símbolo, pero sin intérprete no hay símbolo.

De todo esto podemos entender que la discusión del significado no se reduce a intentar hallarlo como una cualidad inmanente de las cosas, sino en admitir cómo éste es creado. Además, Peirce aclara que la naturaleza per se no genera el significado; la cultura, la sociedad, sí. En consecuencia, la construcción del significado depende del intérprete. El carácter triádico de su propuesta también se vislumbra en la teoría de Vygotsky, ambos asumen incorporar la idea de que la relación semiótica es posible gracias a la intervención de un intérprete, un signo o representamen y un objeto o referente.

Peirce (ob. cit.) sugiere comprender el signo desde su carácter triádico:

referente → signo → intérprete

Desde esta perspectiva, el estudio del signo debe contextualizarse a partir del fenómeno de la semiosis, vale aclarar, el estudio del fenómeno de semiosis, concibe el signo como algo que está en lugar de alguna cosa para alguien. Peirce resalta al sujeto como un interpretador, como quien elabora signos. La semiosis supone entonces la relación que establecen estos tres elementos para que exista significación.

La semiosis, o proceso de significación y/o comprensión de un signo, se constituye por un objeto o referente –evento, persona, objeto, cosa, animal, circunstancia–, del cual se forma una idea, denominada fundamento del representamen, esta idea del objeto es la parte representada por el signo o representamen. El signo, que es un algo que para alguien representa a otro algo en algún rasgo, genera en ese alguien un significado que, de acuerdo con su teoría, viene a constituir otro signo creado en la mente.

En atención a lo dicho, Llamas (1996) sintetiza esta idea mostrándonos lo siguiente:

La semiótica de Peirce ofrece una teoría de los signos y de su funcionamiento que permite explicar algunos puntos que el estructuralismo consideró poco importantes para la lingüística pero que de hecho son fundamentales para comprender el lenguaje humano. La concepción triádica del signo por parte de Peirce permite comprender mejor la estructura del significar, es decir, que el significado no es algo que se añade a un signo sino algo inherente a él. Y lo que hace a un signo ser signo no es que esté compuesto de significante y significado sino que sea interpretado como tal signo. La mente une la expresión lingüística con la realidad. El hombre puede conocer el mundo a través del lenguaje, que es un sistema de símbolos. Mediante continuas interpretaciones de esos signos el hombre desarrolla su conocimiento: por ello, el significado es algo dinámico y no un sistema estático de relaciones. (pp. 1394-1395)

Desde los fundamentos de Peirce sobre la naturaleza del signo lingüístico, se derivan algunas consideraciones expuestas por Sisto (1998), que hemos considerado de especial interés, como son:

Si el signo es algo que representa algo, signo es, entonces, cualquier cosa que pueda considerarse sustituto de cualquier otra cosa [...] Si el signo es algo que representa a algo para alguien, entonces su función representativa sólo puede constituirse en un sujeto [...] Si el signo, como vuelvo a repetir, es algo que representa a otro algo para alguien, entonces el signo sólo es tal cuando una expresión y un contenido están en correlación, y ambos elementos se han convertido en una unidad que emerge de esa correlación [...] Si en la mente de ese alguien que establece la relación semiótica, el signo provoca un significado que no es más que otro signo creado en la mente, el significado de cada signo no es más que otro signo. (p. 17)

Del estrecho vínculo expuesto por Peirce al referir el signo como un aspecto consustancial al fenómeno de la semiosis, podemos apuntar que si bien los signos surgen en un plano intermental –lo cual supone que no puede existir un signo sin cosa u objeto designado, y que el sig-



nificado de un signo no es una cualidad intrínseca sino que emerge de un acto interpretativo— entonces el significado no puede considerarse como algo inamovible ni eterno, sino algo cambiante. La cultura, dado su carácter dinámico, complejo y variable en función de sus ideologías, intereses y necesidades, ajustará los signos y sus significados de acuerdo a las representaciones mentales establecidas en la relación comunicativa de los seres humanos. En esta interrelación natural se gestarán la interpretación y la negociación de significados.

La representación mental, de acuerdo con Arbeláez (2002), alude a aquella manera material o simbólica de referir algo real que no está presente, ésta se encuentra ordenada en estructuras mentales las cuales posibilitan al sujeto construir un sentido que soporte su existencia. Estas representaciones estarán sujetas por una parte, a la actuación cognitiva del sujeto y, por otra, a la tradición cultural de cada grupo social.

Como el signo siempre se dirige hacia alguien, por tanto, le pertenece tanto a quien lo produce como a quien lo recibe. Éste siempre tratará sobre algo, no se significa a sí mismo sino que representa a otra cosa, objeto, persona o evento particular. Otro aspecto interesante del significado de un signo es su condición procesual, como hemos señalado anteriormente. En este sentido se afirma que el significado no se descubre, sino que el mismo se materializa, gesta y transforma durante una situación comunicativa singular gracias al intercambio lingüístico establecido por los usuarios entre sí.

Desde esta perspectiva Sisto (1998), sostiene:

Si el signo, como vuelvo a repetir, es algo que representa a otro algo para alguien, entonces el signo sólo es tal cuando una expresión y un contenido están en correlación, y ambos elementos se han convertido en una unidad que emerge de esa correlación. Desde este punto de vista el signo no es una entidad física, ni tampoco una entidad semiótica fija. Más que nada, el signo es el lugar de encuentro de elementos mutuamente independientes. Es por ello que Eco (1981) manifiesta que “hablando con propiedad, no existen signos, sino funciones semióticas” (p. 100). De ahí también que Vygotski haya escogido como unidad de estudio de la conciencia no al signo, entendido como la palabra, sino como el significado de la palabra. De hecho, para Vygotski (1991) es en el significado de la palabra donde “reside la clave de la unidad que designamos pensamiento lingüístico”. (p. 17)

Como se puede inferir Peirce no se limita al signo y su representamen, sino que incorpora al intérprete dentro de su ecuación semiótica. En este punto cabría preguntarse, ¿si el significado reside en el intérprete, estaría el signo sujeto a una constante inestabilidad? En este sentido nos

encontramos con otro rasgo importante del significado: la convencionalidad. Este rasgo supone la regulación de sentidos con base en un significado convencional, general y virtual, cuando se produce una interacción comunicativa. En síntesis, el significado no es una cosa definitiva, inamovible, sino un proceso demarcado por las constantes negociaciones realizadas por los usuarios entre sí, para acordar e internalizar un significado “común” desde las condiciones socioculturales asumidas por las personas en un momento puntual del acontecer histórico. Un proceso en el que la tríada constituida por el referente, signo e intérprete son fundamentales para la elaboración del significado, en todo caso, para garantizar la elaboración de las representaciones mentales a las cuales arriban los seres humanos.

3. Intersubjetividad y cultura

Es la emergencia de la cultura humana la que hace posible desde la perspectiva de Bruner (2000, p. 191), la creación por parte del hombre de una representación simbólica de sus relaciones con el mundo. Desde la mente humana “enculturada” este autor presupone dos formas de considerar el cambio del funcionamiento simbólico primate al humano.

La primera, enfatiza la capacidad humana individual para captar relaciones simbólicas de “representación” a través de un código simbólico arbitrario; la segunda, más “intersubjetiva”, centrada en cómo los humanos desarrollan la capacidad para conocer los pensamientos, intenciones, creencias y estados mentales de los miembros de su especie.

Pareciera determinante la función del pensamiento y el lenguaje en el juego simbólico vital que se genera en la conexión de los seres humanos, para transitar los niveles mencionados por Bruner, la exégesis del código, así como el enganche o “afinamiento” social producido en el “diálogo” no verbal entre madre y bebé humanos, cuando comienza la sincronía entre patrones gestuales y vocales en sus iniciáticas interacciones intersubjetivas.

Más adelante, la inserción del individuo en el entorno social va procurándole la negociación de significados compartidos mediante la actividad comunicativa, estableciéndose la transacción cognitivosocial, logrando alcanzar una definición común o aspectos convergentes (intersubjetividad) establecidos a través de mediadores semióticos, como elementos favorecedores en la construcción de una perspectiva referencial.

La herramienta básica en el medio sociocultural para promover la construcción de representaciones es el lenguaje, inicialmente como un instrumento de apoyo de



los procesos intersubjetivos, de modo que posibilita la comunicación lingüística del ser humano con el entorno. El lenguaje constituye un instrumento muy útil para fomentar los procesos intrasubjetivos; por otro lado, regula las acciones humanas mediante el uso de estrategias de autorregulación y planificación. A través del mismo, como indicaba Vygotsky (1979), se interiorizan tanto la cultura como las funciones psicológicas superiores porque contribuye a ordenar la realidad de un modo más complejo, estructurando la información del medio con el objeto de facilitar su comprensión.

El lenguaje es un instrumento altamente especializado y adaptado a los diferentes agentes y contextos culturales. De esta manera, cada interacción comunicativa se produce dentro de un escenario cultural preciso que implica, a su vez, un cierto grado de especialización o formato lingüístico que se denomina discurso. Los diferentes tipos de discursos, o más específicamente, géneros discursivos, constituyen una herramienta fundamental en la comprensión de la acción humana.

Todas estas experiencias mediadas por el lenguaje permiten al individuo recoger y organizar la información, pues es él quien vinculado a su entorno tiene que hacer frente a las demandas del mismo, debe pensar, decidir y actuar con relación a éstas, para ello necesita contar con interpretaciones sobre los fenómenos y tener argumentos sobre el mundo para poder alimentar su proceso cognitivo. Por tanto, elabora representaciones de la realidad que le rodea, estructurando su propia síntesis de representaciones ajustadas a las demandas situacionales y a las metas personales, en un contexto de prácticas definidas por la cultura.

El escenario vital va dando a los seres humanos una serie de pautas peculiares, pudiéramos plantear aquí lo manifestado por Peirce, Goodman y Gardner (cit. por Pérez, 1998, p. 214), cuando destacan el dominio de la capacidad simbólica unido a tres dimensiones fundamentales: la sintaxis, la semántica y la pragmática.

La sintaxis, como dimensión formal de todo proceso de comunicación, hace referencia a la estructura externa que sirve de vehículo para la transmisión de información, a las especificidades de los signos convencionales agrupados como unidades significativas ajustados a una normativa consensuada. Estas relaciones sintácticas en el lenguaje, según Pérez (1998) llevan a una determinada estructuración lógica, y a operaciones tales como: implicaciones, inclusiones, referencias, comparaciones, relaciones de coordinación y subordinación; portadoras y estimuladoras de unas formas de pensamiento.

La dimensión semántica, hace referencia a los significados explícitos o a las denotaciones y connotaciones de

los símbolos, a las relaciones entre los significantes y sus referentes. La elección de determinados significantes y no otros de entre muchos posibles, la secuencia y su encañamiento sintáctico es una forma de comunicación que corresponde a un comunicante y a sus intenciones comunicativas.

La dimensión pragmática se refiere a los usos y funciones de los símbolos, desde esta perspectiva se intenta comprender la relación entre los signos y las personas, entre la información transmitida y los destinatarios. Está claro que todo intercambio comunicativo adopta diversas intencionalidades, implica un intercambio de representaciones pero también una intencionalidad subyacente.

Lo que el lenguaje permite es la construcción y elaboración de esa red de expectativas comunes, que en palabras de Bruner constituyen “la matriz sobre la cual se elabora la cultura”, y que conjuntamente con las experiencias directas están en la base de la construcción de las representaciones, sean éstas compartidas o no con los otros o bien las experiencias obtenidas mediante la observación del comportamiento de los demás. Por tanto, el individuo elabora representaciones de la realidad que le rodea, estructurando su propia síntesis de representaciones ajustadas a las demandas situacionales y a las metas personales, en un contexto de prácticas definidas por la cultura y su entorno.

Vygotsky (ob. cit) denomina internalización al proceso de formación de la mente a través de la interacción social, proceso en el cual se conserva el carácter social de las funciones externas al hacerse internas. De este modo enfatiza que las funciones psicológicas superiores son internalizadas desde lo social.

Las relaciones establecidas por el hombre y los grupos sociales a los cuales pertenece, son reflejadas en las perspectivas o marcos de referencia elaborados y compartidos por sus miembros como requisito de entendimiento y supervivencia. La construcción de sentido es un proceso cotidiano, es una experiencia a la vez individual y colectiva de percibir la realidad y de entenderla. La configuración de sentido es el proceso en el cual los individuos desarrollan una visión común o la noción del nosotros.

Esta construcción de significados y esquemas de representación de cada individuo surge de los esbozos y acciones legitimadas en su entorno cultural, la permanencia de este acervo cultural es el resultado de apropiaciones simbólicas individuales del caudal de representación simbólica colectiva. El intercambio en el plano social supone un “toma y dame” de elementos comunes, favorecidos desde la comunidad humana, consensuados desde el entendimiento y la comunicación, además de los aportes singulares, o matices irrepitibles propios de los rasgos que



cada ser humano suma desde su vivencia particular. Todo esto expresa la capacidad del hombre para la intersubjetividad, la posibilidad de manejarse dentro de pautas comunes, y la permanente actividad interpretativa que realiza.

4. La intersubjetividad como vía para la comprensión del signo

Partiendo de los postulados de la psicología cultural, entendemos la cultura como un sistema de significados vehiculados por los signos que son, a su vez, de naturaleza social. Los signos –instrumentos psicológicos– son construcciones tipificadas comunes a todos los miembros de una misma cultura, erigidas sobre la base de un acuerdo en su interpretación. Tal como lo expresan Sadurn y Perinat (1994), “la posibilidad de referirnos a un elemento del mundo natural o social implica necesariamente lo que Habermas (1981) ha denominado ‘estructura de intersubjetividad’”. (p. 18)

Pero, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de intersubjetividad? Para algunos autores como Perinat (2002), la intersubjetividad es la versión moderna de la intermentalidad planteada por Vygotsky. Fue Trevarthen quien introdujo el término hace ya algunas décadas y se refiere a “el acceso a la subjetividad del otro”, y se fundamenta en una motivación primordial de carácter social para la comunicación, una motivación compartida para entender al otro.

Detengámonos un poco en estas afirmaciones. En el planteamiento que hace Trevarthen acerca de la intersubjetividad hay una base social, cultural, pues ese “yo entiendo que tu entiendes que yo entiendo” sólo es posible en la interacción entre las mentes, en el compartir significados. Observamos también que este concepto se relaciona con la noción que tiene Peirce de signo “un algo que se refiere a otro algo para alguien”, el cual lleva implícito un destinatario; en términos de Vygotsky nos estaríamos refiriendo a la intermentalidad. El paso de lo intermental a lo intramental, esto es, cómo se adquieren los significados, lo abordaremos a continuación de forma sucinta, mostrando los procesos a través de los cuales los bebés humanos logran construir representaciones mentales de la realidad.

Trevarthen (1975, cit. por Perinat, 1986) estudió la intersubjetividad a partir de la observación de interacciones entre madres e hijos durante los primeros meses de vida. Observó que desde muy pronto existe una regulación muy típica de la interlocución entre la madre y su criatura. Concluyó que en el pequeño hay una “intuición” de que los gestos de la madre tienen una intención comunicativa (Perinat, 2002), además de una gran predisposición a sintonizar con las personas que le dedican su atención. Esta intuición lo lleva a responder a esas pautas comunicativas

pues parte de una motivación biológica predeterminada en su mente para la comunicación. A estos primeros encuentros comunicativos (cerca de los dos meses) Trevarthen los llamó intersubjetividad primaria.

Alrededor de los 9-10 meses, los bebés nos confirman su predisposición para entrar en la cultura. Es el período de la intersubjetividad secundaria, el niño ahora se vale de los objetos para interactuar con los adultos y, a partir de esa interacción, aprender de los objetos y del mundo que lo rodea.

Pero, ¿cómo el niño logra conquistar la intersubjetividad? ¿Cómo entra en esa red de significados compartidos? ¿Podríamos hablar de intención comunicativa en niños de tan corta edad (2 meses)?

No existe un acuerdo acerca de los orígenes de la intersubjetividad, algunos autores piensan que ésta es una capacidad innata, una predisposición natural para compartir significados con los otros. Desde otra postura se piensa que son los adultos quienes interpretan las acciones de los niños y, en esa medida, esas representaciones sobre las actividades desplegadas desde muy temprana edad van configurando las redes de significado que estructuran las representaciones socioculturales que van incorporando los pequeños.

La entrada a la intersubjetividad se produce, pensamos, desde el momento en que la madre busca la mirada de su hijo, y poco a poco le va atribuyendo cierta intencionalidad a los movimientos, a las miradas y gorjeos de su pequeño. El niño percibe el tono emocional de su madre e intenta imitarla vocalizando, al entrar en esa sintonía se logra una coincidencia de motivos perfectamente observables. Trevarthen sostiene que una vez que el niño entra en esa onda interactiva con su madre, donde existe una cierta conciencia de la intención implícita en los gestos y expresiones de ella, “hay una auténtica intención de comunicar, aunque en estado embrionario”. (Perinat, 1986, p. 41)

Las conductas iniciales que realizan los bebés durante los primeros meses de vida no tienen una intención comunicativa propiamente dicha. Sin embargo, dentro de esa amplia compilación de actividades, muchas de ellas son interpretadas por los adultos, y principalmente por los padres, como señales de expresión de afecto, sentimientos y necesidades. Al parecer, “las madres están muy motivadas para establecer un entendimiento compartido con su hijo o con su hija” (Newson, 1978, cit. por Serra et al., 2000). Muchos autores coinciden en que esta atribución de intenciones a los bebés son la base fundamental del desarrollo de la criatura humana y la guía de sus verdaderas intenciones comunicativas. Esa actitud del adulto de sobreestimar al niño en cuanto a sus propósitos comunicativos, proporciona al bebé el acceso a los significados



culturales propios de su entorno social. Es así como esos significados que el adulto le atribuye a los gestos, llantos y vocalizaciones del bebé devienen, en un segundo momento, en culturales.

Estos planteamientos retoman la idea de Vygotsky (1979) acerca del paso de las funciones psicológicas elementales hacia las funciones psicológicas superiores, actividades éstas esencialmente humanas. Estas funciones son adquiridas exclusivamente a través del contacto humano, ello implica la creación de espacios intersubjetivos que inicialmente son de carácter intermental (interpsíquico) y, progresivamente, en esa misma matriz social, serán interiorizados por el individuo asumiendo un carácter intramental (intrapíquico).

Para finalizar, podemos decir que desde el nacimiento, el desarrollo de la criatura se inserta en un contexto social por excelencia, sobre un sustrato biológico único de la especie humana, lo cual coincide con la teoría de Maturana y Varela (2004), quienes destacan que la apropiación de dominios cognitivos cada vez más complejos se fundan en la interacción biológica-social. Apropiarse de ciertos instrumentos cognitivos y de comportamientos sociales, es evidentemente un hecho consustancial al género humano.

En este sentido, en la cultura académica/pedagógica, es necesario reivindicar las representaciones sociales y mentales de los participantes del hecho educativo para considerar, desde sus procesos intrapsíquicos, formas de consensuar, negociar e interpretar las herramientas culturales—prácticas sociales, lenguaje, conocimientos, valores, creencias— a las que nos vemos expuestos por la cultura a la cual pertenece cada grupo social. Esta negociación de signos sociales y culturales conduciría progresivamente, a un comportamiento cada vez más autónomo e independiente de las personas, asumiendo también el intercambio de acervos construidos socialmente que conformarían la posibilidad de compartir y comprender al otro desde los procesos interpsíquicos, intermentales o intersubjetivos. ©

* Licenciada en Educación Preescolar. Especialidad en Educación mención lectura. Profesora asistente de la Universidad de Los Andes, adscrita al Departamento de Pedagogía y Didáctica. Investigadora activa en la línea de estudios de los Procesos de Interpretación y Producción de textos.

** Licenciada en Educación Preescolar. Maestría en Educación, mención Lectura. Profesora asociada de la Universidad de Los Andes, adscrita al Departamento de Pedagogía y Didáctica. Miembro del Grupo de Investigación "Grupo Taller de Investigación Educativa, TIE.

*** Licenciada en Educación, Mención Básica. Magister en Educación, mención Lectura. Profesora de la Universidad de Los Andes, adscrita al Departamento de Pedagogía de la Facultad de Humanidades y Educación. Miembro de Fundalectura Mérida.

Bibliografía

- Arbeláez, M. (2002). Las representaciones mentales [versión electrónica]. *Ciencias Humanas*, 29, 1-7. Recuperado el 10 de mayo de 2006 en http://www.utp.eclu.co/_chumanas/revistas/revistas/rev29/arbelaez.htm
- Bruner, J. (2000). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor.
- Cabrera, A. y Pelayo, N. (2001). *Lenguaje y comunicación*. Caracas: Los libros de El Nacional.
- Llamas, C. (1996). *La recepción de Peirce en la lingüística española*. Recuperado el 28 de mayo de 2006 en <http://www.unar.es/gep/AF/llamas.html>
- Maturana, H. y Varela, F. (2004). *El árbol del conocimiento. Bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Lumen, Editorial Universitaria
- Peirce, Ch. S. (1978-1986). *Collected papers*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Peirce, Ch. S. (1987). *Obra lógico-semiótica*. Madrid: Taurus.
- Peirce, Ch. S. (1988). *El hombre, un signo*. Barcelona, España: Crítica.
- Pérez, A. (1998). *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*. Madrid: Morata.
- Perinat, A. (1986). *La comunicación preverbal*. Barcelona, España: Avesta S.A.
- Perinat, A. (2002). *De Vygotsky a la Psicología cultural*. Mimeografiado empleado en el Seminario Doctoral "Vygotsky y la psicología cultural" dictado en la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.
- Perinat, A. (2006). *Vygotsky: Revisión crítica y actualización de su teoría del desarrollo social-cultural y de la mediación semiótica*. Mimeografiado empleado en el Seminario Inaugural del Doctorado en Educación dictado en la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.
- Sadurní, M. y Perinat, A. (1994). El proceso ontogenético de la significación. En *Substratum*, vol. II, N° 5, 9-16.
- Saussure, F. (1994). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Serra, M., Serrat, E., Solé, R., Bel, A. y Aparici, M. (2000). *La adquisición del lenguaje*. Barcelona, España: Alianza Editorial.
- Sisto, V. (1998). *Del signo al sentido*. Aproximaciones para un estudio semiótico de la conciencia [versión electrónica]. Santiago: Universidad de Arte y Ciencias Sociales. Recuperado el 10 de mayo de 2006 en <http://168.96.200.17/ar/libros/chile/arcis/sisto.rtf>.
- Vygotsky, L. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona, España: Crítica.
- Vygotsky, L. (1991). *Pensamiento y lenguaje*. Obras escogidas Tomo II. Madrid: Visor.

CARTA DE LA VIUDA DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, AL ASESINO DE SU MARIDO: “...DIME, PARA SACIAR ESA SED DE SANGRE, ¿ERA MENESTER INMOLAR A UNA VÍCTIMA TAN ILUSTRE, UNA VÍCTIMA TAN INOCENTE?”

Se atribuye a Mariana Carcelén, viuda del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, una carta dirigida al asesino de su marido José María Obando, publicada en la prensa de Quito pocos días después del crimen:

“Ayer esposa envidiable de un héroe, hoy objeto lastimero de conmiseración, nunca existió un mortal más desdichado que yo. No lo dudes hombre execrable, la que te habla es la viuda desafortunada del Gran Mariscal de Ayacucho. Heredero de infamias y de delitos, aunque se complazca el crimen, aunque él sea tu hechizo, dime descordado, para saciar esa sed de sangre, ¿era menester inmolar a una víctima tan ilustre, una víctima tan inocente? ¿Ninguna otra podría aplicar tu saña infernal? Yo te lo juro e invoco por testigo al alto cielo, un corazón más recto que el de Sucre nunca palpitó en pecho humano. Unida a él por lazos que sólo tú, bárbaro, fuiste capaz, de desatar: unida a su memoria por vínculos que tu poder maléfico no alcanza a romper, no conocí en mi esposo sino su carácter elevado y bondadoso, un alma llena de benevolencia y generosidad.

Mas yo no pretendo hacer aquí la apología del general Sucre. Ella está escrita en los fastos gloriosos de la patria. No reclamo su vida, esa pudiste arrebatarla, pero no restituirla. Tampoco busco la represalia.

Muchos menos imploro tu compasión. Sólo pido que me des las cenizas de tu víctima. Cédeme, pues los despojos mortales, las tristes reliquias del héroe, del padre y del esposo y toma en retorno las tremendas imprecaciones de su patria, de la huérfana y de su viuda.

M.C. De Sucre”.

Tomado Diario vea.
8 de junio de 2008.
Página 5.

